



AYN RAND

LOS QUE
VIVIMOS

(WE THE LIVING)

Traducción de Verónica Puertollano

COLECCIÓN AYN RAND

DEUSTO

Los que vivimos

AYN RAND

Traducción de Verónica Puertollano



EDICIONES DEUSTO

Título original: *We the living*

© Ayn Rand O'Connor, 1936, 1959

© renewed Ayn Rand O'Connor, 1964

© Eugene Winick, Paul Gitlin, Leonard Peikoff, 2009

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown, Ltd.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos

© de la traducción: Verónica Puertollano, 2020

© Editorial Planeta, S.A., 2020

© de esta edición: Centro de Libros PAPP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3139-7

Depósito legal: B. 7.161-2020

Primera edición: junio de 2020

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera parte

I

Petrogrado olía a ácido fénico.

Una bandera gris rosácea que había sido roja colgaba del forjado de acero. Las vigas se alzaban hacia un techo de cristal, gris como el acero por el polvo y el viento de muchos años. Algunas ventanas estaban rotas, perforadas por disparos perdidos; los bordes afilados se abrían hacia el cielo, gris como el cristal. Bajo la bandera colgaba un fleco de telarañas, y bajo las telarañas, un inmenso reloj de estación con los números negros en una esfera amarillenta, sin manecillas. Bajo el reloj, una muchedumbre de rostros pálidos y abrigos grasientos esperaba el tren.

Kira Argúnova entró en Petrogrado en el borde de un vagón de mercancías. Estaba de pie, recta, inmóvil, con la elegante indiferencia de una viajera en un transatlántico de lujo, con un viejo traje azul descolorido y unas piernas finas y bronceadas, sin medias. Llevaba un viejo pañuelo de tartán de seda alrededor del cuello, el pelo corto y enmarañado y un gorro de lana con una borla de color amarillo claro. Tenía la boca relajada y los ojos ligeramente ensanchados, con la mirada desafiante, embelesada, solemne y temerosa de un guerrero que estuviese entrando en una ciudad desconocida, no muy seguro de si lo hace como conquistador o como prisionero.

Detrás de ella había un vagón rebosante de carga humana y

fardos. Los fardos estaban envueltos en sábanas, periódicos y sacos de harina. Los seres humanos eran fardos envueltos en abrigos y mantones harapientos. Los fardos habían hecho las veces de camas y perdido toda su forma. El polvo había grabado arrugas en la tez seca y agrietada de unos rostros que habían perdido toda su expresión.

Poco a poco, fatigado, el tren hizo su parada, la última de un largo trayecto a través de las llanuras devastadas de Rusia. Había tardado dos semanas en hacer un viaje de tres días desde Crimea hasta Petrogrado. En 1922, las líneas de ferrocarril, como todo lo demás, aún no se habían organizado. La guerra civil había llegado a su fin. Se habían borrado los últimos rastros del Ejército Blanco. Pero, aunque la mano del régimen rojo tenía embridado el país, las redes ferroviarias y los hilos telegráficos seguían en caída libre, fuera del alcance de la mano.

No había calendarios ni horarios. Nadie sabía cuándo salía o llegaba un tren. El vago rumor de que se acercaba hacía que una multitud de viajeros ansiosos fuera a toda prisa a la estación de cada localidad a su paso. Esperaban durante horas, durante días; temían abandonar la estación donde el tren podría aparecer al cabo de un minuto, o de una semana. Los suelos de las salas de espera, llenos de basura, olían como sus cuerpos; ponían los fardos en el suelo, y los cuerpos en los fardos, y dormían. Masticaban con paciencia corteza de pan seco y pipas de girasol; pasaban semanas sin desvestirse. Cuando, al fin, entre resoplos y gemidos, el tren llegaba retumbando, los hombres lo asediaban con los puños, los pies y una desesperación feroz. Como percebes, se enganchaban a las escalerillas, a los topes, a los techos. Perdían su equipaje y a sus hijos. Sin que sonara ninguna campana o aviso, el tren se ponía en marcha de pronto, llevándose a los que habían trepado a bordo.

Kira Argúnova no había empezado el viaje en un vagón de mercancías. Al principio había podido elegir su asiento: una mesita junto a la ventana en un vagón de pasajeros de tercera clase. La mesita estaba en el centro del compartimento, y Kira era el centro de atención de los pasajeros. Un joven oficial soviético admiraba cómo se recortaba su silueta en el cuadrado luminoso

de una ventana rota. A una gruesa dama con un abrigo de piel le indignaba la postura desafiante de la muchacha; le recordaba a la de una cabaretera encaramada entre copas de champán, pero con una expresión de calma en su rostro tan severa y arrogante que la señora se preguntaba si en realidad estaba pensando en una mesa de cabaré o en un pedestal. Durante muchos largos kilómetros, los viajeros de ese compartimento vieron pasar los campos y praderas de Rusia como fondo de un altivo perfil con una masa de cabello castaño que el viento que silbaba afuera, entre los hilos telegráficos, retiraba de su frente levantada.

Por la falta de espacio, los pies de Kira descansaban sobre el regazo de su padre. Aleksandr Dmítrievich Argúnov se repantingaba con cansancio en su rincón, con las manos cruzadas sobre la barriga, que le hacía de repisa; con los ojos enrojecidos, hinchados y entornados, dormitaba y daba un respingo, suspirando, cuando se sorprendía a sí mismo con la boca colgándole, abierta. Llevaba un abrigo remendado de color caqui, unas botas altas de campesino con los talones destrozados y una camisa de arpillera en cuya espalda aún se podía leer: «Patatas ucranianas». Esto no era un disfraz intencionado, sino lo único que poseía Aleksandr Dmítrievich Argúnov. Sin embargo, le preocupaba mucho que alguien pudiera percatarse de que la montura de sus quevedos era de oro auténtico.

Aplastada contra su codo, Galina Petrovna, su esposa, se las arreglaba para mantenerse erguida y sostener el libro a la altura de la punta de la nariz. Había conservado el libro, pero había perdido todas sus horquillas en la lucha por los asientos, cuando, gracias a sus esfuerzos, logró asegurar la entrada de la familia al vagón. Puso mucho cuidado en que los demás viajeros no advirtieran que su libro era francés.

De vez en cuando, tanteaba con el pie bajo el asiento, asegurándose con cautela de que su mejor fardo aún seguía allí, el que iba envuelto en un mantel bordado en punto de cruz. Ese fardo contenía los últimos restos de su ropa interior de encaje, confeccionada a mano y comprada en Viena antes de la guerra, y la cubertería con las iniciales de la familia Argúnov. Le molestó mucho, pero no pudo impedir que el fardo le sirviera de almoha-

da a un soldado que roncaba, dormido bajo el banco, con las botas sobresaliéndole por el pasillo.

Lidia, la hija mayor de los Argúnov, tuvo que sentarse en el pasillo, junto a las botas, encima de un fardo; pero puso mucho empeño en que todos los pasajeros del vagón entendieran que ella no estaba acostumbrada a viajar de ese modo. Lidia no se rebajaba a ocultar las señales externas de superioridad social, tres de las cuales exhibía con orgullo: una chorrera de color oro deslucido sobre su traje de terciopelo descolorido, unos guantes de seda meticulosamente zurcidos y un frasco de colonia. Sacaba el frasco muy de vez en cuando para ponerse unas gotas en las manos, cuidadosamente arregladas, y lo escondía enseguida, notando la ansiosa mirada de refilón de su madre desde detrás de la novela francesa.

Hacía cuatro años que la familia Argúnov se había marchado de Petrogrado. Cuatro años antes se nacionalizó la Fábrica de Textiles Argúnov, en las afueras de la capital, en nombre del pueblo. En nombre del pueblo, los bancos fueron declarados propiedad nacional. Las cajas de seguridad de los Argúnov fueron forzadas y vaciadas. Los luminosos collares de rubíes y diamantes que Galina Petrovna lucía con orgullo en los salones de baile, y que después guardaba con prudencia bajo llave, pasaron a unas manos desconocidas y nunca los volvieron a ver.

En los días en que la sombra de un miedo creciente e innominado se cernía sobre la ciudad, colgando como una pesada neblina sobre las esquinas sin luz de las calles; cuando, por la noche, sonaban repentinos disparos, y pasaban camiones repletos de bayonetas traqueteando sobre los adoquines, y se rompían escarparates y se oía un sonoro repiqueteo de cristal; cuando los miembros de la familia Argúnov se encontraban en los salones de su mansión de granito, con una considerable cantidad de dinero en efectivo, algunas joyas y un terror constante cada vez que sonaba la campanilla de la puerta, no quedó ante ellos más opción que huir de la ciudad.

En aquellos días, el estrépito de la lucha revolucionaria había muerto en Petrogrado, en la resignada desesperanza de la victoria roja; pero en los campos del sur de Rusia aún bramaba la

guerra civil. El sur estaba en manos del Ejército Blanco. Ese ejército se desplegó y dispersó por el vasto país, dividido por miles de vías de ferrocarril inutilizadas y aldeas ignotas y desoladas; ese ejército portaba banderas tricolores y un desprecio impaciente y apabullado hacia el enemigo, sin ninguna conciencia de su importancia.

Los Argúnov se marcharon de Petrogrado a Crimea, para esperar allí la liberación de la capital del yugo rojo. Dejaron atrás los salones de baile con altos espejos donde se reflejaban las centelleantes arañas de cristal; las pieles perfumadas y los caballos purasangre en las mañanas de invierno soleadas; los ventanales que daban a una avenida llena de mansiones, la Kamenostrovski, la exclusiva calle de Petrogrado. Afrontaron cuatro años de chozas de verano atestadas, donde los penetrantes vientos de Crimea silbaban al atravesar los porosos muros de piedra; de té con sacarina y cebolla frita con aceite de linaza; de bombardeos nocturnos y mañanas pavorosas cuando en las calles las banderas rojas o las tricolores anunciaban en qué manos había caído la ciudad.

Crimea cambió de manos seis veces. En el año 1921 llegó el final de la lucha. Desde las costas del mar Blanco a las del mar Negro, desde la frontera de Polonia a los ríos amarillos de China, la bandera roja se alzó triunfante al son de *La Internacional* y del chasquido de las llaves que cerraban las puertas del mundo para Rusia.

Los Argúnov se habían marchado de Petrogrado en otoño, con calma y casi alegría. Consideraban su viaje una desagradable pero breve molestia. Esperaban estar de vuelta para primavera. Galina Petrovna no le había dejado a Aleksandr Dmítrievich llevarse un abrigo de piel. «¡A ver si se piensa que va a durar un año!», dijo riéndose, refiriéndose al gobierno soviético.

Duraba cinco años. En 1922, con una resignación silenciosa, apagada, la familia tomó un tren de vuelta a Petrogrado para empezar una nueva vida, si es que era posible un comienzo.

Cuando estuvieron en el tren y las ruedas chirriaron para avanzar por primera vez, en ese primer tirón hacia Petrogrado,

se miraron unos a otros, pero no dijeron nada. Galina Petrovna estaba pensando en su mansión de la calle Kamenostrovski y en si podrían recuperarla; Lidia estaba pensando en la vieja iglesia donde se arrodilló en todas las Pascuas de su niñez y en que iría a visitarla en su primer día en Petrogrado; Aleksandr Dmítrievich no estaba pensando; Kira recordó de pronto que, cuando iba al teatro, su momento favorito era cuando se apagaban las luces y el telón temblaba antes de subir. Se preguntó por qué estaba pensando en eso en aquel momento.

La mesita de Kira estaba entre dos bancos de madera. Diez rostros, unos frente a otros, como dos muros tensos y hostiles que se mecían con el balanceo del tren; diez manchas fatigadas, polvorientas y blancas en la semioscuridad: Aleksandr Dmítrievich y el leve centelleo de sus quevedos dorados; Galina Petrovna con el rostro más blanco que las páginas de su libro; un joven oficial soviético y los destellos de luz en su nuevo maletín de cuero; un campesino barbudo envuelto en una apestosa pelliza que se rascaba continuamente; una mujer demacrada con los pechos caídos que contaba constante e históricamente sus paquetes y a sus hijos; y, frente a ellos, dos de los niños, descalzos, despeinados, y un soldado con la cabeza agachada que apoyaba sus alpargatas amarillas en la maleta de piel de cocodrilo de una gruesa dama con abrigo de piel, la única pasajera con maleta y las mejillas rosadas y lustrosas, y, junto a ella, el sombrío y pecoso rostro de una mujer amargada que vestía una chaqueta masculina; sus dientes estaban en muy mal estado y llevaba el pelo recogido con una pañoleta roja.

A través de la ventanilla rota, entró un rayo de luz sobre la cabeza de Kira. El polvo danzaba en el rayo y se detuvo en tres pares de botas que colgaban balanceándose de la litera superior, donde se apiñaban tres soldados. Sobre ellos, muy por encima de la litera superior, un muchacho tísico se acurrucaba junto a las maletas, con el pecho aplastado contra el techo, y dormía roncando con estruendo, respirando con dificultad. Bajo los pies de los viajeros, las ruedas golpeaban como si se hubiese estrellado un carro de hierro oxidado y los pedazos hubiesen echado a rodar, repiqueteando por tres escalones, y después se oía otro

choque y otro repiqueteo, y otro choque y otro repiqueteo más. Sobre las cabezas de los viajeros, la respiración de un hombre sonaba como el aire fugado de un globo pinchado. El hombre se paraba a veces a gemir débilmente, y las ruedas seguían repique-teando.

Kira tenía dieciocho años, y pensaba en Petrogrado.

Las caras a su alrededor hablaban de Petrogrado. No sabía si las frases que atravesaban sibilantes aquella polvorienta atmósfera se habían dicho en una hora, o en un día, o en las dos semanas de neblina de polvo, sudor y miedo. No se acordaba porque no las había escuchado.

—En Petrogrado tienen pescado seco, ciudadanos.

—Y aceite de girasol.

—¡Aceite de girasol! ¿No del de verdad?

—¡Stepka, no te rasques la cabeza a mi lado, ráscate en el pasillo...! En nuestra cooperativa, en Petrogrado, daban patatas. Un poco congeladas, pero patatas de verdad.

—¿Alguna vez han probado las tortitas de posos de café y melaza, ciudadanos?

—El barro te llega hasta las rodillas, en Petrogrado.

—Haces cola tres horas en la cooperativa, y luego, a lo mejor, te dan comida.

—Pero en Petrogrado está la NPE.

—¿Qué es eso?

—¿Nunca has oído hablar de ella? No eres un ciudadano concienciado.

—Sí, camaradas, Petrogrado, NPE y comercios privados.

—Pero si no eres un especulador, te morirás de hambre. Si lo eres, puedes ir y comprar lo que quieras, pero si compras, eres un especulador, así que cuidado. Pero si no eres un especulador, no tienes dinero para un comercio privado y tienes que hacer cola en la cooperativa.

—En la cooperativa dan mijo.

—Una barriga vacía es una barriga vacía para todos, salvo para los piojos.

—Deje de rascarse, ciudadano.

—¡Oh, señor! —suspiró la dama del abrigo de piel—, si pu-

diera darme un baño, un buen baño caliente con jabón cuando llegas a Petrogrado...

—Ciudadanos, ¿tienen helado en Petrogrado? —preguntó Lidia con atrevimiento—. No he probado uno en cinco años. Helado de verdad, frío, tan frío que te corte el aliento...

—Sí —dijo Kira—, tan frío que te corta el aliento, pero entonces puedes andar más rápido, y hay luces, una larga fila de luces, que pasan muy rápido cuando vas caminando.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lidia.

—¡Pues de Petrogrado! —repuso Kira, que la miró sorprendida—. Creía que estabais hablando de Petrogrado y del frío que hace allí, ¿no?

—No. Estás ida, como de costumbre.

—Pensaba en las calles. Las calles de una gran ciudad, donde tanto es posible y tantas cosas te pueden pasar.

Galina Petrovna dijo con aspereza:

—Lo dices con bastante alegría, ¿no? Yo diría que todos estamos ya bastante hartos de que «sucedan cosas». ¿No te parece que te haya pasado lo suficiente con la Revolución y todo eso?

—Ah, sí, la Revolución —respondió Kira con indiferencia.

La mujer de la pañoleta roja abrió un paquete, sacó un pedazo de pescado seco y dijo en dirección a la litera superior:

—Sea tan amable de apartar sus botas, ciudadano. Estoy comiendo.

Las botas no se movieron. Una voz respondió:

—Usted no come por la nariz.

La mujer dio un mordisco al pescado y, dando un furioso codazo al abrigo de piel de su vecina, dijo:

—Claro, ninguna consideración hacia nosotros, los proletarios. Si llevara un abrigo de piel... Sólo que entonces no estaría comiendo pescado seco. Estaría comiendo pan blanco.

—¿Pan blanco? —dijo la dama del abrigo de piel, que se sentía intimidada.

—Pero, ciudadana, ¿quién ha oído hablar jamás del pan blanco? En fin, tengo un sobrino en el Ejército Rojo, ciudadana, y... y, ¡vaya!, ¡no he visto el pan blanco ni en sueños!

—¿No? Aunque apuesto a que tampoco comería pescado seco. ¿Quiere un trozo?

—Vaya... vaya, sí, gracias, ciudadana. Tengo un poco de hambre, y...

—Ah, ¿sí? Los conozco, burgueses. Les encanta quedarse con el último trozo de la boca de un trabajador. ¡Pero no será de mi boca, no!

El vagón olía a madera podrida, a ropas que no se habían cambiado durante semanas y al hedor que provenía de una portezuela abierta al final del coche.

La dama del abrigo de piel se levantó y avanzó tímidamente hacia esa puerta, pasando por encima de los cuerpos en el pasillo.

—¿Podrían, por favor, salir un momento, ciudadanos? —les pidió con humildad a los dos caballeros que viajaban cómodamente en un pequeño compartimento privado, uno de ellos en el asiento y el otro estirado en la mugre del suelo.

—Cómo no, ciudadana —respondió cortés el que estaba sentado, que le dio un puntapié al que estaba en el suelo para despertarlo.

A solas, donde nadie podía verla, la dama del abrigo de piel abrió furtivamente su bolso y desenvolvió un pequeño bulto de papel aceitado. No quería que nadie en el vagón supiera que tenía una patata cocida. Se apresuró a comerla con grandes bocados histéricos, atragantándose, intentando que no la oyeran tras la puerta cerrada.

Cuando salió, se encontró a los dos caballeros esperando junto a la puerta para recuperar sus asientos.

Por la noche, dos faroles temblaban sobre el vagón, uno en cada extremo; sobre las puertas, dos puntos amarillos tiritaban en la oscuridad mientras el cielo gris de la noche se agitaba en las esquinas de las ventanillas rotas. Las figuras negras, rígidas y flácidas a la vez, como muñecos, se mecían con el repiqueteo de las ruedas, durmiendo sentados. Algunos roncaban. Otros gemían. Nadie hablaba.

Cuando pasaban por una estación, un rayo de luz barría el vagón que, por un instante, recortaba la figura de Kira, inclinada

sobre su regazo con los brazos cruzados y los cabellos colgándole, donde la luz dejaba chispas que después se apagaban.

En alguna parte del tren había un soldado con un acordeón. Cantó, hora tras hora, en medio de la oscuridad, del ruido de las ruedas y de los gemidos, con monotonía, persistencia y desesperanza. Nadie sabía decir si su canción era alegre o triste, una broma o un monumento inmortal. Era la primera canción de la Revolución, surgida de ninguna parte, alegre, imprudente, amarga, insolente y cantada por millones de voces que hacían eco en los techos del tren, las carreteras de los pueblos y las oscuras aceras de la ciudad. Algunas voces reían, otras voces se lamentaban; un pueblo riéndose de su propia pena, la canción de la Revolución, no escrita en ninguna bandera, sino en cada garganta agotada, *La canción de la manzanita*:

*Eh, manzanita,
¿adónde vas rodando?*

«Eh, manzanita, ¿adónde vas rodando? Si caes en las garras alemanas, nunca volverás [...]. Eh, manzanita, ¿adónde vas rodando? Mi amorcito es un blanco y yo soy bolchevique [...]. Eh, manzanita, ¿adónde...?».

Nadie sabía qué era la manzanita, pero todos lo entendían.

Muchas veces cada noche, alguien abría de una patada la puerta del oscuro vagón e irrumpía un farol sostenido por una mano temblorosa, tras el cual brillaban las bandas de acero, el color caqui y los botones de cobre; bayonetas y hombres con voces severas e imperiosas que exigían:

— ¡Sus documentos!

El farol se deslizaba lentamente, agitándose, recorriendo el vagón y parándose en las caras pálidas y sobresaltadas que pestañeaban y en las manos temblorosas con trozos de papel arrugados.

Entonces, Galina Petrovna sonreía con zalamería, y repetía:

— Aquí tiene, camarada. Tenga, camarada.

Y alargaba hacia el farol un trozo de papel con unas líneas mecanografiadas que anunciaban la concesión del permiso para

viajar al ciudadano Aleksandr Argúnov con su esposa, Galina, y sus hijas, Lidia, de veintiocho años, y Kira, de dieciocho.

Detrás del farol, los hombres miraban el papel, se lo devolvían con brusquedad y se alejaban, pasando por encima de las piernas estiradas de Lidia a través del pasillo.

A veces, algunos hombres echaban un rápido vistazo a la chica que iba sentada en la mesita. Ella estaba despierta y los seguía con los ojos, que no estaban asustados sino firmes, curiosos, hostiles.

Después, los hombres y el farol se marchaban, y, en alguna parte del tren, el soldado con el acordeón gemía:

*Y ahora ya no hay Rusia,
porque Rusia está postrada.
Eh, manzanita,
¿adónde has ido rodando?*

A veces el tren se detenía por la noche. Nadie sabía por qué se había parado. En kilómetros de llanura estéril no había ninguna estación ni señal de vida. Una franja de cielo vacía se cernía sobre una franja de tierra vacía. En el cielo había algunas manchas oscuras, las de las nubes, y, en la tierra, otras, las de los matorrales. Una tenue línea roja y vibrante los dividía. Parecía una tormenta, o un incendio lejano.

Los susurros recorrían sigilosamente la larga hilera de vagones:

—Ha estallado la caldera...

—Hay un puente volado a medio kilómetro de aquí...

—Han encontrado contrarrevolucionarios en el tren y van a fusilarlos aquí mismo, en los matorrales...

—Si nos quedamos mucho tiempo..., los bandidos..., ya sabes...

—Dicen que Majnó vive justo en esta zona...

—Si viene a por nosotros, sabes lo que eso significa, ¿no? No deja un hombre vivo, pero a las mujeres sí, y mejor sería que no...

—Deje de decir tonterías, ciudadano. Está poniendo nerviosas a las mujeres.

Los focos reflectores hendían las nubes y morían al instante, y nadie sabía si estaban cerca o a kilómetros de distancia. Nadie sabía si la mancha negra que parecía haberse movido era un jinete o sólo un matorral.

El tren empezó a moverse tan súbitamente como se había parado. El chirrido de las ruedas fue recibido con suspiros de alivio. Nadie se enteró jamás de por qué se había parado el tren.

Una mañana, temprano, algunos hombres pasaron corriendo por el vagón. Uno de ellos llevaba un brazalete de la Cruz Roja. Afuera se oían sonidos de conmoción. Uno de los pasajeros siguió a los hombres. Cuando volvió, su cara inquietó a los viajeros.

—Está en el vagón de al lado —explicó—. Una pobre campesina. Viajaba entre dos vagones y se ató las piernas al tope para no caerse. Por la noche se quedó dormida, estaba demasiado cansada, supongo, y se resbaló. Al tener las piernas atadas, el tren la arrastró bajo el vagón. Decapitada. Siento haber ido a verlo.

A mitad del viaje, en una pequeña y solitaria estación con un andén cochambroso, coloridos carteles y soldados desaseados —en el andén y en los carteles—, se descubrió que el vagón de pasajeros donde viajaba la familia Argúnov ya no podía seguir adelante. Hacía años que los vagones no se habían reparado o inspeccionado. Cuando al fin, de pronto, se averiaron, cualquier reparación era ya inútil. Se ordenó el desalojo inmediato de los ocupantes. Tuvieron que apretujarse en los demás vagones abarrotados, si podían.

Los Argúnov lograron llegar a un vagón de ganado. Agradecidas, Galina Petrovna y Lidia se persignaron.

La mujer con los pechos caídos no pudo encontrar hueco para todos sus hijos. Cuando el tren se puso en marcha, estaba sentada encima de sus fardos, y sus hijos, desconcertados, agarrados a su falda, observaban el tren con la mirada opaca, desesperanzada.

A través de praderas y pantanos, el largo convoy se arrastraba con fatiga y dejaba a su paso un velo de humo flotante que se disipaba formando nubes blancas. Los soldados iban hacinados en grupos en los resbaladizos techos inclinados. Algunos tenían

armónicas, y tocaban y cantaban sobre la manzanita. La canción se arrastraba con el tren y después se disipaba con el humo.

Una muchedumbre aguardaba el tren en Petrogrado. Cuando el último jadeo del tren reverberó en las bóvedas de la estación, Kira Argúnova se enfrentó al gentío que esperaba cada llegada. Bajo los pliegues de sus ropas informes, sus cuerpos se impulsaban por la tensa energía antinatural de una larga lucha que se había convertido en una costumbre; sus rostros se habían endurecido y desgastado. Detrás de ellos había unos altos ventanales con rejas, y tras ellas estaba la ciudad.

Kira se vio empujada por los viajeros impacientes. Al bajar del tren, se paró un momento, vacilante, como si sintiera la importancia de ese paso. Su pie bronceado llevaba una sandalia artesanal con correas de cuero. Por un instante, el pie se quedó suspendido en el aire. Entonces, la sandalia de madera tocó la madera del suelo del andén: Kira Argúnova estaba en Petrogrado.